

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, marzo de 1958

Núm. 1069

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

Y SE ABRIERON LAS TUMBAS...

I

JOAQUIM no comprendía el por qué de aquella inquina de algunos contra Jesús de Nazaret.

Había perdido ya el contacto con la muchedumbre, de vuelta del monte donde había visto la inconcebible maravilla de la multiplicación de los peces. Y andaba solo por las orillas encantadoras del lago de Tiberíades. Y meditaba ...

—Los escribas han propalado que Jesús obra milagros con la ayuda de Belcebú... Pero Jesús ha dicho que esto no es posible, porque todo reino dividido entre sí se destruirá. Y eso está muy claro: Si Jesús obra contra Belcebú, ¿cómo ese asqueroso dios de las moscas había de ayudar a Jesús? ¡Y eso tan grande que acabo de ver! Con cinco panes y dos peces, darnos comida suficiente a tantos miles de personas ... Eso no lo hace Belcebú ni todos los príncipes de las tinieblas juntos. Los escribas andan equivocados; absolutamente equivocados; ¡tan sabios como se creían ser! Y los fariseos, no digo ...; esos, ni saben ni quieren saber otra cosa que odiar a Jesús. De éstos me lo explico algo, ¿cómo los ha conocido tan a fondo! Mira tú, que llamarles a la faz de todo el mundo «sepulcros blanqueados y lobos vestidos con pieles de corderos» ... Y ¡claro! Ellos son vengativos y su venganza no se parará ni ante el crimen. Ya se habla de esto; de dar muerte al Nazareno, sea como sea, ¡qué horror! Asesinar al Maestro, al Bienhechor que echa los demonios y cura a los paralíticos y a los ciegos y a los leprosos y hasta resucita a los muertos ... ¡Matarle! En vez de unirnos todos y proclamarle Rey de la Judea ... Como lo hubiéramos hecho hoy mismo los que hemos visto y «comido» ese milagro inaudito ... ¡Rey de todo Israel!

Y al llegar aquí, tan entusiasmado se hallaba que sin darse cuenta hablaba alto.

Otro israelita que más apresurado le iba a tomar la delantera al oírle se detuvo, y dándole un golpe en la espalda con la mayor familiaridad, le dijo:

—¿Hablas de Jesús-Rey, Joaquím?

—¿Eres tú, Yusef?—contestó sin asombro—. Sí, habló de Jesús-Rey. Tú has visto eso de los panes y de los peces. ¿No es digno de que lo proclamemos nuestro Rey?

—Estamos todos conformes, ya lo sabes tú, y a eso íbamos. Pero ¿dónde está Jesús? Yo ando buscándole todavía ...

—Es inútil, ¿no lo ves? El dice que su reino no es de este mundo y huye. Y cuando El se esconde es en vano seguirle la pista.

—¡Qué misterio más grande es el Nazareno!

En esto vieron a lo lejos un fariseo y un escriba en dirección contraria.

—Cambiamos la ruta—exclamó Joaquím con fastidio—. Esos le odian. ¿Y por qué le odian? No tienen razón alguna. A mí, comienzan a darme asco. No quiero ni saludarles.

—Pero son nuestros jefes ... —apuntó meticulosamente Yusef

—¡Desdichado Israel con tales jefes!—se lamentó Joaquím con vehemencia—. Raza de víboras les llama el Maestro. Mal porvenir veo para nuestra raza ... ¡Abraham nos valga!

II

Era Joaquím un buen judío de los que admiraban y querían al Maestro, pero temiendo al propio tiempo manifestarlo en público por miedo a los fariseos. ¡Oh!, era terrible caer en las garras de los fariseos ... Carecían del más leve sentimiento humano cuando trataban de vengarse. ¡Y eran tan poderosos! Como que en la Sinagoga se imponían a los mismos príncipes de los sacerdotes; y en el Tribunal inclinaban la balanza de la Justicia del propio Gobernador romano ... ¡Cualquiera se atrevía a llevarles la contraria!

Les tenía mucho miedo Joaquím. Y tanto como él, o más, seguramente mucho más, les temía su mujer Sara. Ella, con él, se confundían alguna vez entre las multitudes para oír a Jesús. Pero luego, sobre todo ella, corría a esconderse a su casa. No fuera que les vieran los fariseos y les tomaran por discípulos del Nazareno ... Si a El le querían matar, y ya era cosa bien pública, ¡qué harían con los demás!

Aquel día oyeron tanto grito de triunfo que ambos esposos se sintieron algo envalentonados. Y gritaron también:

¡Hossanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!

Y Joaquím arrancó una palma, y Sara cogió un ramo de olivo, y los blandían sobre la cabeza del Maestro, que entraba en Jerusalén cabalgando sobre un pollino.

El entusiasmo se contagiaba de unos a otros de manera irresistible y el enorme gentío era como un mar alborotado cuyas olas estallaban en himnos soberanos de triunfo.

Joaquím decía a voz en cuello:

—Hoy es el día grande ... Jesús es nuestro Rey ... No pudimos proclamarle entonces, cuando el milagro de los panes y de los peces, porque se nos escapó. Más hoy, El mismo viene ... ¡Es nuestro Rey! ¡Hossanna!

Jesús había pasado. El gentío con sus oleadas había dejado a Joaquím y Sara rezagados. Y vieron, junto así, unos fariseos cuyos ojos centelleaban.

Y Sara, llena otra vez de terror, dejó caer al suelo su ramo de olivo y arrastró a su esposo hacia su morada, huyendo de aquellos ojos criminales ...

III

El viernes siguiente, Joaquím acudió entristecido a la plaza del tribunal-romano.

—No vayas—le había suplicado Sara con lágrimas en los ojos—. Ya ves ... han prendido esta noche al Nazareno ... y le van a matar ...

—Eso dicen—contestó él—; pero eso ¡hay que verlo! No ha hecho ningún crimen para condenarle, sino muchos favores y mercedes a todo el mundo. Y entre el pueblo somos legión los que le queremos.

—Sí ... Pero le han prendido ... Y nadie sale en su defensa.

—¿Que no? Ahora lo veremos ante Poncio Pilatos.

—No vayas, ¡por Abraham! que los fariseos se saldrán con la suya ...

—Ahora es el romano quien ha de decidir. Los fariseos nada podrán contra el Inocente ni contra nadie. El romano hará justicia. Nada temas.

Y Joaquím se fué a la plaza, entristecido, pero un poco confiado en el pueblo y la Justicia.

La plaza estaba ya hirviendo de gentío. Indagó. Y su desilusión y desconsuelo no reconocieron límites.

Allí no se hablaba más que de condenar a muerte a Jesús, como de cosa deseada con vivo afán. Y los que así hablaban, en su inmensa mayoría eran de los que proclamaban a Jesús Rey sólo hacía seis días ... ¿Pero, era posible?

—¡Crucificarle! ¡Crucificarle!—chillaban todos como energúmenos.

—Entre ellos, Joaquím reconoció a Yusef. Y sin poderse contener, asiéndole por el manto, le increpó:

¿Tú también pides su muerte? ¿Tú que, le buscabas por el lago para proclamarlo Rey?

Y contestó Yusef, cínico:

¡Oh!, entonces estaba mi estómago agradecido.... ja, ja... Ahora.... no es que yo no lo considere justo, pero.... lo quieren así nuestros jefes... ellos sabrán por qué....

Joaquín sintióse anonado ante tanto cinismo y tanta esclavitud. Y acusóse a sí mismo también de esclavo.... por el miedo.... que quiere decir falta de fe y de virilidad....

Por un momento renacieron sus esperanzas; fué cuando vió en la balconada a Pilatos que solicitaba del pueblo la libertad de Jesús en parangón con Barrabás, el odiado, el malhechor.

¿Quién osaría posponer el Justo al criminal?

Y gritó Joaquín, seguro de que el clamor sería unánime.

Más un terrible puñetazo en la boca, que se le llenó de sangre, le ahogó el grito. Y vió a su lado un fariseo que le ordenaba:

—Cállate perro... Y grita que suelte, a Barrabás....

Cubrióse su rostro de mortal palidez; más todavía, quizá por reacción contra la ofensa recibida, tuvo resto de valor para no obedecer tan horrendo mandato.

Pero obedecía ya todo el populacho....

—¡Suelta a Barrabás! ¡Que la sangre de Jesús caiga sobre nosotros y nuestros hijos!

Joaquín huyó, tambaleándose a su casa.

—Esto no lo han visto los siglos...— contestaba a las mudas interrogaciones de su mujer... ¡Israel se hundel! ¡Israel se hundel!

IV

A las tres de la tarde oyeron el estruendo del terremoto misterioso que, sin destruir las frágiles viviendas, partía las rocas y rasgaba el velo del templo y abría muchos sepulcros....

Y se hizo de noche en pleno día.

Para Joaquín y Sara, aterrorizados, acobardados hasta el paroxismo, el sol ya no volvió a lucir sino con gasas fúnebres, el resto de aquella tarde del viernes y todo el sábado. Ni salieron al campo, ni se atrevieron a transitar por las calles.

Por la mañana del domingo, a la hora del orto, volvieron a oír el estruendo de las entrañas de la tierra conmovidas. Más eran como sonidos musicales que llevan suavidades de paz a las almas.

Y a poco, todo el hogar, cerrado a cal y canto, se iluminó extraordinariamente. Y en medio de aquella luz vieron al Patriarca Abraham y al Patriarca de Nazaret—el primero y el último del pueblo escogido—. Luego dijeron:

Os venimos a dar valor porque lo merecís. Cristo ha resucitado y nos ha resucitado a muchos. Confesadle ante las gentes....

Y desaparecieron.

Joaquín y Sara permanecieron un rato como deslumbrados. Luego reaccionaron, y puestas de acuerdo sin decir palabra, abrieron la puerta valerosamente, salieron a la calle con decisión y se dirigieron al Cenáculo a ofrecerse para el servicio de

los apóstoles y de la Madre de Jesús, Esposa del Patriarca Nazareno.

Ya no temían.

Ellos irían, cuando fuera hora—y lo sería pronto—, a inaugurar el número incontable de los confesores de Cristo, mártires innominables de todos los siglos... ofrecidos en sacrificio al Mártir del Gólgota por los cobardes y pusilánimes de todos los tiempos....

Juan M. Borrás Jarque

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Jesús de Nazaret, ha sido condenado a muerte.

Le acusaron quienes le conocieron, los que sabían de El que sólo había hecho el bien entre los hombres, los que recibieron sus beneficios, los que sabían, por las escrituras, que El era el enviado por Dios para decir al mundo cual era su camino, la verdad y la vida. Lo llevaron a la Cruz, sus amigos, y estos eran los Judas, los pecadores empedernidos, los que vivían bien en el pecado, en la maldad, en la explotación del prójimo, los que veían en El un estorbo a su vida llena de injusticias y de maldades.

Esos le acusaron y le empujaron al martirio de la cruz.

Los demás... fueron los cobardes de todos los tiempos.

En los siglos siguientes a la muerte de Jesús, las persecuciones fueron inspiradas y dirigidas por los mismos de entonces.

Claman contra la Iglesia aquellos que sienten una inquietud de conciencia permanente, obsesionante, cruel en su remordimiento, que constantemente les dice que obran mal, que ofenden a Dios y ofenden a su hermano, faltan a sus semejantes, abusan de su poder, de su autoridad, de su dinero. Atropeñan los derechos ajenos, burlan la moral, aprovechándose de cualquier circunstancia favorable cometen sus delitos, contra el honor, contra la dignidad humana, contra toda ley del cielo y de la tierra.

Ese es quien gritará contra Dios, representado en la Santa Madre Iglesia, para acallar el anatema que pesa sobre sí a todas horas, diciéndole que su proceder es inicuo y que de Dios escuchará algún día las terribles palabras de: «maldito, apártate de mí para siempre».

Sabe todo eso, lo presente, lo ve venir precipitadamente, y quiere arrancar de raíz su destino fatal. Por eso grita contra la Iglesia, censura duramente sus manifestaciones de reprobación de su vida, y no pierde la ocasión de calumniar, condenar, y juzgar los consejos, las amonestaciones, las advertencias y las llamadas de la Iglesia a sus subditos.

No romperá oficialmente con la Iglesia, renunciando abiertamente a su religión porque la sienten dentro de sí, pues su cobardía impide los actos de franco rompimiento con sus creencias y buscará los caminos tortuosos, para amortiguar la constante llamada de Dios a su conciencia que le dice a todas horas lo que no quiere oír.

Ellos volverían, otra vez, a clamar ante los tribunales el «crucifícale, crucifícale», que llevaron a Cristo a la cruz. Pero la muerte del Justo no calmaría su inquietud espiritual, sino que ésta continuará siempre, siempre, siempre, hasta que rindan su orgullo y sus pasiones, ante los mandatos de Dios, y se entreguen a la paz de su amor y su misericordia con la humillación del arrepentido de corazón que busca la paz en los brazos abiertos de Cristo en la cruz.

Días son estos de meditación.

La conciencia nos dice lo que no debemos hacer y lo que hacemos mal. Escuchémosla y sigamos con el corazón abierto a la esperanza sus mandatos. Es Dios quien nos lo dice. Es su voz, Es la súplica de un Gran Amor, que quiere nuestra salvación a toda costa.

Si seguimos sus mandatos, habremos adelantado mucho en el camino de la felicidad, no sólo después de nuestra vida, sino también en este mundo habremos conseguido la paz de los bienaventurados.

El nos llama con los brazos extendidos en su cruz para recibirnos. Nos ofrece el perdón. La salvación eterna. La paz.

Jesús acaba de morir por todos los hombres de todos los tiempos,

R.

EL SUEÑO de SAN JOSÉ

José terminaba su tarea, miró la obra y quedó satisfecho de ella.

Estaba cansado, pero José no se quejaba; daba incesantes gracias al Eterno porque así tenía el sustento para su familia, y recordaba las palabras que dirigió al primer hombre, cuando salió del paraíso después de la prevaricación: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente», Dios sometió al hombre a trabajar, el mismo Dios Hijo acataba la voluntad del Padre y daba ejemplo a los hombres, sujetándose voluntariamente al trabajo.

El divino Niño le ayudaba cuanto podía, traía y llevaba las herramientas, le iba dando clavos para que no interrumpiera su labor, recogía las astillas del suelo, y cuando le veía fatigado, intentaba aserrar la madera, para descansar algo.

Aquel día habían trabajado mucho; José enjugaba su rostro polvo,

riente y sudoroso, estaba rendido, y Jesús, aun más fatigado que su padre, sentóse en un rinconcillo del taller; pronto empezaron a entornársele los párpados, cerrando sus ojitos y no tardó en quedar sumergido en un dulce sueño.

José sentóse a su lado para verle; el rostro del Niño despedía rayos de gloria. El Patriarca le besó cautelosamente una mano, adorándole como a su Dios.

La caída de la tarde era apacible; el leve rumor de las hojas, que el aire movía suavemente, el murmullo de la fuente, y el dulce trino de los pajarillos fueron arrullando a José, que a poco quedó también profundamente dormido.

* * *

José comenzó a andar, caminaba sin

descanso por parajes desconocidos, y andando llegó a una hermosa ciudad.

Quedó deslumbrado con tanta riqueza y maravillas y se puso a contemplar los soberbios palacios, las magníficas viviendas; allí abundaban los mármoles y jaspes y preciosas maderas. Las calles y plazas eran majestuosas, con floridos jardines y caprichosas fuentes esparcidos en ellas. José estaba admirado cuando llamó su atención un suntuoso edificio distinto de los que hasta entonces había visto; sobre la puerta había escrito: «Esta es la casa de Dios, Casa de Oración». Y José entró en el templo para rendir culto de adoración y de alabanza.

Lo primero que se presentó ante sus ojos fué la Cruz, pero aquí el templo no estaba desierto. Multitud de gentes se postraban a los pies del crucificado,

Los soldados le rendían sus armas antes de marchar al combate; los niños levantados por sus madres, besaban con amor las llagas; las madres pedían gracia para ellas y sus hijos; las doncellas fuerzas para defender su pureza; los jóvenes constancia en guardar la castidad; los pecadores sollozando abrazados al pie de la Cruz, gimiendo clamaban misericordia.

Y el Crucificado infundía valor al guerrero, miraba con ternura a los pequeños, daba su bendición a las madres, su amparo a las doncellas, protección a los jóvenes, otorgaba el perdón a los pecadores, y de sus llagas manaba la sangre, que caía sobre todos, y sus almas lavadas con ella, se volvían más blancas que la nieve y más resplandecientes que el sol.

(Pasa a la página 4)

LA PEDRADA

I

Cuando pasa el Nazareno
De la túnica morada,
Con la frente ensangrentada,
La mirada del Dios bueno
Y la sogá al cuello echada,

El pecado me tortura,
Las entrañas se me anegan
En torrentes de amargura,
Y las lágrimas me ciegan
Y me hiere la ternura...

Yo he nacido en estos llanos
De la estepa castellana,
Cuando había unos cristianos
Que vivían como hermanos
En república cristiana.

Me enseñaron a rezar
Enseñaronme a sentir
Y me enseñaron a amar;
Y como amar es sufrir,
También aprendí a llorar.

Cuando esta fecha caía
Sobre los pobres lugares,
La vida se entristecía.
Cerrábanse los hogares
Y el pobre templo se abría.

Y detrás del Nazareno
De la frente coronada,
Por aquel de espinas lleno
Campo dulce, campo ameno
De la aldea sosegada.

Los clamores escuchando
De dolientes Misereres,
Iban los hombres rezando,
Sollozando, las mujeres,
Y los niños observando...

¡Oh, qué dulce, qué sereno
Caminaba el Nazareno
Por el campo solitario
De verdura menos lleno
Que de abrojos el Calvario!

¡Cuán suave, cuán paciente
Caminaba, y cuán doliente,
Con la cruz al hombro echada;
El dolor sobre la frente
Y el amor en la mirada!

Y los hombres, abstraídos,
En hileras extendidos
Iban todos encapados
Con hachones encendidos
Y semblantes apagados,

Y enlutadas, apiñadas,
Doloridas, angustiadas,
Enjugando en las mantillas
Las pupilas empañadas
Y las húmedas mejillas.

Viejecitas y doncellas
De la imagen por las huellas
Santo llanto iban vertiendo...
¡Cómo aquéllas, como aquéllas
Que a Jesús iban siguiendo!

Y los niños admirados,
Silenciosos, apenados,
Presintiendo vagamente
Dramas hondos no alcanzados
Por el vuelo de la mente,

Caminábamos sombríos;
Junto al dulce Nazareno,
Maldiciendo a los judíos,
«Que eran Judas y unos tíos
Que mataron al Dios bueno».

II

¡Cuántas veces he llorado
Recordando la grandeza
De aquel hecho inusitado,
Que una sublime nobleza
Inspiróle a un pecho honrado!

La procesión se movía
Con honda calma doliente,
¡Qué triste el sol se ponía!
¡Cómo lloraba la gente!
¡Cómo Jesús se afligía!...

¡Qué voces tan plañideras
El Miserere cantaban!
¡Qué luces, que no alumbraban,
Tras las verdes vidrieras
Dé los faroles brillaban!

Y aquel sayón inhumano
Que al dulce Jesús seguía
Con el látigo en la mano,
Que feroz cara tenía,
Qué corazón tan villano!

¡La escena a un tigre ablandar!
Iba a caer el cordero,
Y aquel negro monstruo fiero
Iba a cruzarle la cara
Con el látigo de acero!...

Mas un travieso aldeano,
Una precoz criatura
De corazón noble y sano
Y alma tan grande y tan pura
Como el cielo castellano.

Rapazuelo generoso,
Que al mirarla, silencioso,
Sintió la trágica escena,
Que le dejó el alma llena
De hondo rencor doloroso...

Se sublimó de repente,
Se separó de la gente,
Cogió un guijarro redondo,
Miróle al sayón de frente,
Con ojos de odio muy hondo;

Paróse ante la escultura;
Apretó la dentadura,
Aseguróse en los pies,
Midió con tino la altura,
Tendió el brazo de través;

Zumbó el proyectil terrible,
Sonó un golpe indefinible...
Y del infame sayón
Cayó botando la horrible
Cabezota de cartón.

Los fieles alborotados
Por el terrible suceso,
Cercaron al niño airados,
Preguntándole admirados:
—Por qué, por qué, has hecho eso...

Y él contestaba agresivo,
Con voz de aquéllas que llegan
De un alma justa a lo vivo:
—«¡Porque sí; porque le pegan
Sin hacer ningún motivo!»

III

Hoy que con los hombres voy,
Viendo a Jesús padecer,
Interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
Aquellos niños de ayer?

GABRIEL Y GALÁN

RECUERDO

En la agonía de mi madre

¡Madre! Como llena
toda el alma esa sola palabra!
¡La palabra que es toda de mieles,
que es sonido de gotas de agua
que lloran los cielos
en pilas de nacar!

¡Madre!... ¡Cómo llena
esa voz, si la madre nos falta!...
Era Abril, Jueves Santo. ¿Te acuerdas
de aquél día en que triste expirabas?
La tarde cedía;
con su luz silenciosa, temblaba
en el cielo la pálida luna;
y tú recostada
sobre el lecho de muerte. Tus ojos,
ciegos para al mundo,
tu faz triste y pálida,
y tu boca, ya muda, cerrada,
solo abierta al cielo,
y con toda potencia tu alma.

¿Te acuerdas? Te dije
yo temblando:— ¡Despiértate; pasa
para verte en tus penas, el Cristo
de los Mártires, madre, y te llama!
¡Quiere consolarte!...—
Y tú me escuchabas,
y a pesar de estar muda y ya quieta,
que la muerte cruel ya te ataba,
en gesto sublime,
enfrentas tu cara,
alzas tu cabeza,
de la almohada blanca,
incorporas tu cuerpo temblando,
y tu boca ya muda y sellada,
en un grito de amor— ¡Creo en Dios Padre!...—
floreció. Todo el credo rezabas
con voz de ultratumba
solemne y pausada...
¡Voz que tú no tenías ya, madre!
¡Era voz solamente de tu alma!...
¡Profesión de tu fé en la agonía!
¡Dé tu libro la última página!
¡Página de oro!...
¡Fué la lección última
que de tí recibí, madre amada!...

Hermenegildo Rodríguez

José quiso contemplar de cerca aquel
pródigio, y al llegar junto la Cruz un
grito desgarrador salió de su pecho.
Aquel hombre era Dios, era su Jesús;
y José, sin apartar la vista de aquellas
facciones adorables, vió cumplidas las
Escrituras, siguió paso a paso la Pa-
sión del Salvador, recordando la pro-
fecía de Simeón, y también contempló
a su esposa traspasada con la espada
del dolor,

—¿Qué tienes, Padre mío?—le decía
Jesús rodeándole el cuello con sus
brazos.

—José, José—repetía María angus-
tiada.

El Patriarca despertó, estrechó la
mano de su Esposa, y ofreciendo por
segunda vez al Padre la víctima pro-
piciatoria, ocultó sus lágrimas en el
regazo de su hijo,

M. M. VILA

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros' núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)